

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

INSTRUMENTOS DE LA PROVIDENCIA.

Que lo son los hombres y los pueblos, los conquistadores y los políticos, las ideas y las revoluciones, que todos concurren al cumplimiento de una voluntad suprema por vías al parecer las mas distantes del objeto y para fines los mas ajenos de sus previsiones y hartas veces de sus propósitos, que rige los sucesos una disposición sobrenatural cuyos secretos de antemano son tan imposibles de traslucir como fáciles y luminosas se presentan despues las soluciones, es una verdad experimental, siempre antigua y siempre nueva, manantial de invariable y fija admiración para los católicos como de continuas é inesperadas sorpresas para los racionalistas. Para creer en la Providencia no se necesita fé, es bastante la observación. «Si no existiera, sería menester inventarla,» han exclamado los que, en vista del encadenamiento de los hechos al través de las mas estrañas peripecias, buscan una clave que los explique; y hasta los que se obstinan en desconocerla tienen que admitir en cambio las llamadas *leyes de la historia*, á la manera como se pretende sustituir á Dios con una armoniosa é inteligente Naturaleza.

Pero si en la práctica reconocen esta acción providencial los mas incrédulos, por otra parte la olvidamos harto amenudo y sin advertirlo los creyentes. Sabemos que todo poder humano está en la diestra del Omnipotente, que es ministro ó de su justicia ó de su misericordia,

que carece de luz propia recibiendo cual cuerpo opaco la del eterno sol; y sin embargo, transformando en motor al instrumento, nos acostumbramos á cifrar en él directamente nuestros temores ó esperanzas, y lo erigimos en ídolo bueno ó malo al cual referimos homenajes ó maldiciones. Vacilamos con el estremecimiento de su efímero apoyo, nos hundimos en la desesperación con su caída, y aun no desaparecido buscamos ya nuevo sosten á que asirnos. De aquí esa fluctuación incessante entre zozobras é ilusiones igualmente exageradas, esos bruscos tránsitos de la confianza al desaliento y de este á la confianza otra vez, esas adhesiones ilimitadas seguidas de tan tristes desengaños y esas antipatías que las circunstancias nos obligan á retractar. A ningún orden es mas aplicable aquella reserva que en las relaciones particulares inculcaba un filósofo griego: *mantente respecto de tu amigo como si mañana hubiérais de romper, pórtate con tu enemigo como si mañana debiérais reconciliaros*; porque sin perjuicio de juzgar por lo que vemos y de sentir al tenor de lo que se obra, sin desatender en los delegados visibles de la Providencia la misión de que se hallan por el momento investidos, no sabemos hasta qué punto serán fieles á ella en adelante, y cuándo y cómo les será retirada.

No hay que apegarse en lo religioso á hombre, á institución ni á pueblo determinado: todos sirven bajo el impulso de Dios, y nin-

guno sin él, para el triunfo del bien y de la verdad y propagación de su Iglesia. No obstante, cuando por ella le rogamos, raro es no tener puesta la mira y el corazón en los que consideramos agentes suyos imprescindibles, y á nuestras súplicas por los mas santos fines casi siempre mezclamos las indicaciones de los medios para obtener el resultado. En las cosas humanas mas triviales nos basta expresar á cualquiera nuestro deseo, dejando á su aptitud especial el modo de realizarlo: nos fiamos del barquero sin inquietarnos de si en sus bordos se desvía del rumbo aparentemente; pero á Dios le trazamos la línea indeclinable, y nos afligimos ó murmuramos á cada punto que de ella se separa. Creo haberlo dicho en otra parte: «¿entendemos por confiar en Dios el disponer de Dios? es que pretendemos servirle de guía en vez de dejarnos conducir?»

De la vanidad de nuestros cálculos y de lo portentoso de las soberanas disposiciones nos presenta Roma en pocos años una serie de ejemplos, no porque sobre Roma exclusivamente estiende sus alas la Providencia, sino porque sus altos destinos morales á la vez que la debilidad de sus fuerzas humanas la ponen de un modo mas sensible bajo la acción directa y especial salvaguardia del Altísimo. En medio de tantas monarquías tradicionales como habia en Europa, una república hubo de ser, la francesa, el brazo suscitado para lanzar en 1849 de la ciudad santa á la república demagógica; y el que en su famosa carta á Ney, como presidente, tan prevenido se habia mostrado contra el poder temporal de la santa sede, fué el que como emperador garantizó mas su afianzamiento ante los católicos de Francia que le saludaban como á nuevo Carlomagno. Mas adelante dejó manchar sus laureles de Magenta y Solferino, dejó conculcar su solemne paz de Villafranca, alentando y sancionando los mas inicuos despojos; pero cuando, despues de una larga vicisitud de concesiones é interdictos, parecia ya haber abandonado por completo los restos del dominio pontificio á la rapacidad de su aliado, los reivindica y conserva con súbito vigor en los

campos de Mentana, dando un golpe de muerte á las esperanzas del *italianismo* revolucionario. Y ahora se las devuelve, retirando de los sagrados muros su estandarte protector, en el punto en que mas necesitaba de las bendiciones del cielo y de las simpatías de los católicos.

Esplíquense como quiera estas oscilaciones y mudanzas; la explicación política distará de ser satisfactoria si no se toma en cuenta el concurso de aquel *en cuya mano están los corazones de los reyes*, y que alternativamente predestina y rechaza segun conviene á sus inescrutables designios. De otra manera ¿cómo se comprenderian unas reparaciones contrarias á los antecedentes y á los principios del que las lleva á cabo, y unas infidelidades tan opuestas á los propios intereses que casi rayan en suicidio y que segun la calificación diplomática son *torpezas peores que crímenes todavía*? Dios se complace en esa disparidad de los medios con los fines y de la obra con los instrumentos que emplea, celoso por decirlo así de que las criaturas le disputen parte alguna de su gloria. Y cuando mas necesarias se las cree y mas identificadas con el cargo que les ha impuesto, de pronto prescinde de intermedios, y hace de por sí sin valerse de nadie, contra todas las fuerzas, contra todas las probabilidades humanas. ¿Quién no veia en Napoleon, incluso el que esto escribe, el mas fuerte escudo del pontífice, ya que no del pontificado? ¿quién no hacia pender la seguridad de Roma de la ocupación de las armas francesas? ¿qué católico, aun de los mas hostiles á la significación y á la dinastía de Bonaparte, no se interesó por el resultado del último plebiscito, y no se estremecia ante la eventualidad de su muerte, cuanto mas ante la de su caída? Bien hace Dios en ocultarnos las futuras contingencias, pues así nos escusa muchos vanos terrores. Las águilas se han retirado, el imperio está para caer, y Roma sigue tranquila.

Despues de la apertura del concilio Vaticano en medio de tantas dificultades y peligros, no parecia caber ya en el mundo espectáculo mas asombroso. Y sin embargo habia paz

material, la libertad del suelo estaba asegurada, y las presiones se reducían á notas impertinentes, á temerarias ingerencias de los gobiernos en las deliberaciones de la asamblea. Llega la definición que se esforzaban en impedir, la de la infalibilidad del papa, y... ¿se habrán desencadenado á esta voz las espantosas tormentas que se pronosticaban, hasta sumir de nuevo á la Europa en el caos de la barbarie ó precipitarla en el abismo de la impiedad? No; si está la Europa en conflagración, no es á causa de esa dictadura espiritual que pretende avasallar, como se supone, los entendimientos y las conciencias; si vacilan los tronos, si se mueven los ejércitos, si corre á rios la sangre, no es por la ambición del rey pontífice, único que permanece en calma, único que no amenaza ni recela, único que insta y ora por la paz del mundo como si nada tuviese que temer por la propia. Pero ¿no forman su guardia de honor los soldados de la nación primogénita de la Iglesia? han desaparecido. ¿No le amparará aunque de lejos la grandeza de la Francia y la palabra de su emperador? se halla la una humillada, invadida, y el otro en peligro de no volver á su capital. ¿No se mantendrá fiel á su compromiso la corte de Florencia, ya que no por gratitud á su favorecedor, siquiera para poner dique á la furia demagógica encrespada á la vez que contra Pio IX contra Victor Manuel? para calmarla le ha ofrecido con poco disimulo la codiciada presa dentro de un breve plazo. ¿Y las potencias? le ofrecerá la que mas un asilo. Y á pesar de todo, dentro de un círculo trazado por una raya invisible que enfrena las mas violentas pasiones y los mas brutales instintos, se mantiene Roma cual un oasis en medio de la perturbación universal. Y luego se dirá que en el siglo XIX ya no hay milagros!

Algunos, es verdad, han trasportado con improviso ardor sus esperanzas á Guillermo de Prusia, y en su carta de respetuosa atención al papa y en ciertos vagos rumores acogidos ávidamente por la prensa entrevén no sé que acontecimientos anunciados con énfasis misterioso. Lejos de mí el pretender que el

sucesor de Federico II, el rey protestante, el gefe masónico como se ha dicho, no pueda convertirse en defensor inconsciente ó espontáneo de la santa sede: pero en ese afán de adivinar el nuevo apoyo y en esa curiosidad inquieta de saber á quien trasfiere Dios desde luego el augusto encargo, me parece hay algo de desconfianza respecto de la Providencia cuya encarnación se apetece ver y palpar. La Providencia puede, no solo valerse de un instrumento cualquiera, sino dispensarse de instrumentos absolutamente. Pueden venir dias de ansiedad y hasta de desolación sobre Roma; pero aunque no le esté á ella prometida la indefectibilidad del pontificado, su espléndido sol no será interceptado mas que por leves nubes ó á lo mas por pasajeros eclipses. Tras del cautiverio babilónico vendrá un Ciro... ¿quién será este? el que menos prevean los políticos, el que menos aguarden los católicos. La piedra mas desechada de los hombres es la escogida por Dios para piedra angular: *lapis, quem reprobaverunt edificantes, hic factus est in caput anguli.*

J. M. Q.

LÓGICA Á SECAS.

Doblada por un lado encontré sobre mi pupitre una targeta en la que despues de una J aislada seguía otra mayúscula con dos ó tres vocales medio emboscadas en un matorral de consonantes. ¿Era inglés ó aleman el enrevesado vocablo que componían? Parecióme tan difícil de resolver esta cuestión de lingüística, como la de adivinar quien sería el misterioso personaje, antiguo dueño de aquel trocito de cartulina. Habíalo recibido en mi ausencia la criada, y al entregárselo un caballero no le indicó ni quien era ni donde vivía. Medrados estamos, dije para mi capote; mas, sabiendo luego que con él había venido el jóven que algunas veces me ha servido de escribiente, añadí: pues entonces por el hilo sacaremos el ovillo.

Debia este á una mera casualidad su intervención en aquella visita. Emparejando por la calle con un desconocido, le llamó la atención su estraña figura, y oyéndole que preguntaba por mí, se le ofre-

ció para guiarle á mi casa, y prosiguió su oficiosa cortesía acompañándole despues hasta la suya. Poco fué lo que pudo pescar con el anzuelo de sus preguntas, por mas que estimulara su curiosidad la natural distraccion ó la afectada reserva de aquel caballero. Sin duda el carácter de este participaba de la estrañeza de su fisonomía: sus modales no pecaban de ceremoniosos ni eran á proposito para grangearse improvisadas simpatías. A tiro de ballesta se le conocia el aire de extranjero, aunque eran perfectamente españoles su lenguaje y su acento. Habia llegado recientemente de Madrid, de donde me traía carta de un conocido, y en el momento crítico de entregarla á mi criada se acordó de que se le habia traspapelado ó mas probablemente perdido. Ningun edificio llamaba su atencion: atravesaba las calles y plazas con la misma indiferencia que si desde su niñez las hubiera pisado. Manifestó que no gustaba de vivir en fondas ni casas de huéspedes, y que habia tenido la fortuna de encontrar una habitacion cómoda, espaciosa y con vistas al mar. ¿Exigió esta última circunstancia por mero capricho ó por sentimiento poético, por medida higiénica ó por el gusto de aspirar la frescura de las marítimas brisas? Hé aquí un problema que todavía no está resuelto.

Esto me referia el escribiente, mientras nos dirigíamos á uno de los puntos extremos de la ciudad. Subimos á un tercer piso, y el ama de casa llamó á una puerta con tal tiento como si temiera que á ser mas recio el golpe se le desgonzarian las falanges de sus dedos. A la voz de *quién?* respondí con mi nombre, y al cabo de buen rato apareció un rastro de luz por el resquicio inferior de la puerta. Abrióse despues esta dejándome ver á un hombre de edad madura, de fornidos miembros y de una talla que, si no para gastadores, podia servir para granaderos. Ceñía una faja su prominente abdómen, y su sonrosada tez se veía encuadrada en un marco de largo y estropajoso vello parecido al cáñamo de una rueca. Entre sus pómulos salientes destacaba su pequeña y arremangada nariz como una ménsula al revés sosteniendo unas gafas doradas, y su espaciosa frente estaba cubierta de un gorro, frigio por el color ya que no por la hechura. Iba envuelto en una ligera bata de vivos matices, y llevaba unas babuchas que no hubiera desdeñado el mismo sultán de Marruecos.

Cambiadas algunas frases y un apretón de manos como si fuésemos íntimos amigos, nos ofreció sillas, y él se quedó medio recostado en un sofá, delante de una mesa cargada de libros y papeles, y de otros

cachivaches y utensilios que no guardaban con aquellos perfecta armonía.

—¿Ustedes fuman? preguntó. Pueden hacerlo sin reparo, que aquí no hay ningun maestro de ceremonias, y esta es fruta que no crece en mis jardines.

Y como para animarnos con su ejemplo sacó una pipa, la atiborró de tabaco, le prendió fuego y se envolvió en una nube de humo. El balcon que daba al mar estaba cerrado, pero abiertos los póstigos de arriba.

Dum Romæ fueris, dije para mis adentros, y saqué un puro, dí otro á mi compañero y hétenos á los tres silenciosos y fumando, como si fuésemos unos verdaderos turcos, naturales y vecinos de la capital de Turquía. No dejaba de ser raro aquel espectáculo tratándose de una primera visita.

—¿Ha entrado V. en la catedral? le pregunté para interrumpir tan estrambótico silencio.

—La ví desde el vapor. Es una mole grandiosa y de bastante buen efecto en la perspectiva.

—(Este no será católico,) dije interiormente. Y la Lonja ¿la ha visto V?

—Desde el muelle descubrí su coronamiento. Bonita galería!

—(Tampoco artista.) ¿No ha salido V. á dar un paseo por esos alrededores?

—Me han dicho que son tan frondosos y pintorescos, pero aun no los he visto de cerca.

—(Ni poeta!)

—Salgo al anochecer y me siento en una roca de la escollera: el aire del mar vigoriza los pulmones, y mas despejada la cabeza se lanza á la region de las ideas. Allí discurre uno á su sabor.

—(Será algun filósofo aleman. ¡Y yo que no entiendo ni una jota de aquella nebulosa filosofía!)

Volvimos á caer en el silencio, y á la atmósfera del aposento podian cortarla ya con un cuchillo. Toquemos otro registro, dije para mí y al cabo de un rato le pregunté: Y de esa guerra ¿qué es lo que V. opina?

—Que perecerán muchos millares de uno y otro lado. Tal vez los miles se contarán á cientos; pero con el tiempo y los matrimonios mas ó menos civiles se irán cubriendo las bajas ocasionadas. La guerra es una pérdida eventual que experimenta la estadística y que hace retroceder su progresion ascendente; pero esas perturbaciones momentáneas no alteran el exponente que la naturaleza ha fijado, ni impiden que la poblacion vuelva á su nivel anterior, ni aun que se restablezca algun dia el equilibrio de las partes beligerantes. Es una sangría mas en el brazo de la humanidad, y ya que no sirve

para curarla de sus dolencias, tampoco es suficiente para llevarla al borde del sepulcro.

Echóme una mirada mi compañero tan clara y significativa que podía traducirse diciendo: ¡Qué orchata de chufas tiene este hombre en sus venas!

—(Tampoco será alemán. Al menos no debe de tener pariente ni amigo en la refriega.) Y después de este monólogo mental exclamé: ¿Cómo se comprende que en plena civilización pueda representarse un espectáculo semejante? Hemos vuelto á los tiempos de Atila y de Aecio, y precisamente es en los mismos campos donde á un golpe de dados, á la suerte de una batalla, se juegan ahora como entonces los destinos del mundo. ¿De qué nos envanece- mos los hombres del siglo XIX, ó cómo podemos echar en cara su barbarie á los del siglo V? Después de haber cacareado tanto el poder de las ideas, apelamos á la brutalidad de los hechos: después de tanto hablar de sentimientos humanitarios, centuplicamos las víctimas y los desastres de la guerra: después de tanto encarecer la suavidad de las costumbres modernas, viene á resultar que somos más feroces que nuestros padres y que nuestros abuelos. ¿Es este nuestro decantado progreso?

—Estas frases antitéticas no son de mal efecto como ejercicio retórico. A V. como poeta le domina el sentimentalismo. Reflexione V. un poco, y verá como á medida que avanzamos, las guerras son menos frecuentes y menos duraderas.

—¿Y qué importa, si en cambio son más colosales, más encarnizadas y más desastrosas?

—Es una consecuencia ineludible de la ley del progreso, y cuando una cosa no puede eludirse no hay más remedio que doblar la cabeza.

—Será el progreso de la barbarie!

—No señor, el de los elementos que constituyen la civilización de las naciones: su población, su riqueza, su ciencia. Cuanto mayor sea su cultura, más horribles serán las guerras en que se vean envueltas, ó en que voluntariamente se envuelvan para satisfacer su ambición ó su orgullo. Su población les suministra esos ejércitos inmensos que las hace gigantescas, la abundancia de sus recursos las hace tan encarnizadas, y V. no ignora que al progreso científico se debe el que sean tan crueles y destructoras.

—Quizás la ciencia no haya servido tanto para proteger la vida propia como para inventar medios de sacrificar la ajena.

—Y para la guerra idéntico es el resultado. Dadas dos cantidades, igual relación queda si se multiplica una de ellas por un número, como si por el mis-

mo se divide la otra. La aspiración de la guerra es la preponderancia, y el medio más expeditivo de aumentar la fuerza propia es mermar y destruir las fuerzas del enemigo. Matarle la mitad de gente equivale á doblar los batallones del ejército competidor. Para esto se perfeccionan las armas, y la química descubre nuevas materias explosivas, y la mecánica inventa nuevas y más eficaces combinaciones.

—Todo para llevar mayor número de pasajeros á la barca de Caronte.

—Todo para realizar mejor el fin propuesto.

—Es que ahora, si mayor daño se causa, también mayor daño se recibe.

—Es una cosa ineludible y no hay más sino doblar la cabeza. A los argumentos de cañón rayado no se responde con las flechas de los indios ni con las hondas de los primitivos baleares.

—Harto mejor que perfeccionar las armas sería el suprimir las guerras.

—Convengó en ello. Que se supriman los hombres... y aun las mugeres.

—No es menester tanto, exclamó mi compañero, ganoso de meter su cuarto á espadas. Bastaría suprimir cierta clase de gobiernos. La república proclama la igualdad humana, la fraternidad universal...

—Y se quedará con sus proclamas tan oronda y satisfecha como un novel gobernador que acaba de echar su primera á los habitantes de la provincia, le dijo interrumpiéndole el caballero, quien después de rellenar su pipa continuó: No sea V. niño, ni vaya á dormirse al arrullo de esta música celestial. Para cambiar la naturaleza de las cosas no bastan las formas de gobierno, ni los sistemas políticos, ni las elucubraciones de la filosofía. ¿Cree usted que la humanidad ha de regenerarse con solo sumergirse en el Jordan de sus ideas? Supongo que usted no cree en milagros; ¿pues cómo tiene V. fe en esos Eliséos de gaban y sombrero redondo?

—Dispéñeme V.: yo soy católico aunque republicano.

—Pues harto claro se ha dicho que buen católico y buen republicano era cosa incompatible.

—Esta es una tontería, dije yo, parecida á otras del Sr. Castelar. Pero no toquemos estas cuestiones. Lo cierto es que si la monarquía y el imperio nos van á dar una segunda edición de los campos Cataláunicos, la república abonó con su sangre los campos de Farsalia, y entonces tanto monta.

—Fraternidad universal! Ya se contentaría usted con dos pesetas, es decir, con pacíficas relaciones de buena vecindad. Paréceme que Roma y Cartago,

Esparta y Atenas, no pueden citarse como edificante ejemplo de matrimonios bien avenidos.

—Y sin ir tan lejos, añadí, ahí están los Estados-Unidos, la república-modelo, y modelo también de guerras fraternales. En sus últimas disensiones pareceme que hubo algo más que simulacros inofensivos y sencillos espectáculos de pirotecnia.

—La razón es que... balbuceó mi amigo que se veía cogido entre dos fuegos.

—La razón es que demócratas y aristócratas, monárquicos y republicanos son hombres de carne y hueso. ¡Mientras no los haga V. de otra madera! Yo no me opongo á que en todas partes se plantee la república, el gobierno del pueblo por el pueblo, como dicen Vds.; pero en punto á la cuestión que nos ocupa no se habrá logrado más que cambiar un aforismo.

—Cambiar un aforismo! exclamé sorprendido.

—En vez de llamar al cañon *ultima ratio regum*, se dirá que la ametralladora es la *ultima ratio populorum*.

—Señor! esto es la apoteosis de la fuerza.

—Es una cosa ineludible, y no hay más remedio que doblar la cabeza.

—Pero, ¿cómo pueblos gobernados por sí mismos podrian querer la guerra, insistió el jóven, la guerra que tala sus campos, incendia sus casas, devora sus fortunas y degüella á sus hijos? ¿Cómo podrian querer á ese mónstruo que es la calamidad madre de todas las calamidades?

—Pues ahí verá V. Quieren al mónstruo. Y si no lo cree V. traslado á las repúblicas antiguas y modernas, traslado á esa fiebre patriótica que hace latir con tal violencia el corazón de los franceses, á ese bélico entusiasmo que en un abrir y cerrar de ojos ha producido tantos y tantos millares de voluntarios. Paréceme que este solo nombre encierra un argumento que no tiene vuelta de hoja.

—Es que los prusianos están pisando su territorio.

—Y qué? ¿No fué la Francia quien declaró la guerra? ¿O creía que los prusianos habian de estarse metiditos en sus casas esperando que fuesen allí á fusilarlos? Ella pensó ser la invasora y ha sido la invadida, error de cálculo á que están espuestos los políticos así como los comerciantes y los ingenieros.

—Pero esta equivocacion, replicó el jóven, basta para que los pueblos que no querian la guerra puedan quererla despues, porque entonces la guerra es defensiva, es justa, es necesaria.

—Con qué! ya conviene V. en que hay ocasiones en que los pueblos, estén ó no estén gobernados por

sí mismos, pueden querer la guerra, á pesar de la desolacion, de la miseria y de las ruinas que trae en pós de sus huellas. Defensiva, dice V., y supongo que esta no se reducirá á presentarse con escudos y cotas de malla delante de los que blanden lanzas y espadas. Justa: no hay individuo ofuscado por la pasión que no crea tener de su parte la razón y la justicia. Y ¿de dónde ha de venirles á las sociedades, agrupaciones de individuos, la inmunidad, el privilegio de estar libres de semejantes ofuscaciones siquiera intermitentes? La Prusia cree justa la guerra porque fué provocada, la Francia porque se ve invadida. Y pregunto: si una guerra fuese injusta al emprenderla ¿se volveria justa al continuarla? ¿Cómo un hecho, que suponemos vicioso en su origen, puede trasformarse en laudable y meritorio por errores de cálculo ó por contingencias inesperadas? El principio intrínseco de justicia que constituye la moralidad de los actos humanos ¿depende acaso de los azares de la suerte? Necesaria, ha dicho V. ¿y por qué?

—Pues qué otro recurso le queda á la Francia? dijo mi escribiente. ¿Quiere V. que entone el *mea culpa* y doble su cerviz al yugo del vencedor? Por esta humillacion no pasan las naciones, á no verse reducidas al último extremo. Todos los sacrificios menos este.

—Luego, hay que acudir al tribunal competente.

—Y es? dije yo.

—El tribunal supremo de guerra y marina: las ametralladoras y los buques acorazados. A ustedes les aturde la línea recta, y describen curvas y más curvas que conducen al mismo paradero. La fuerza del derecho es una bella espresion: es como si digéramos, una señorita de quien todo el mundo encarece la hermosura, pero que no puede ir sola por esas calles de Dios, y es preciso que la acompañe un robusto lacayo, el derecho de la fuerza.

Disgustábame esta conversacion, y no poco de repulsivo tenia para mí aquel hombre que con su lógica y su sangre fría parecia haberse petrificado el corazón. Para atenuar la dureza de sus teorías era preciso acudir á la saludable influencia de las ideas y sentimientos religiosos. Pero ah! no los tenia.

T. AGUILÓ.



CRÓNICA.

CARTA DE SU SANTIDAD AL REY GUILLERMO.

«Señor: Acaso os parezca insólito en las presentes circunstancias recibir una carta mía; pero vicario en la tierra del Dios de paz, no puedo menos de ofrecer mi mediación. Mi deseo es que desaparezcan los preparativos de guerra é impedir los males que inevitablemente trae consigo. Mi mediación es la de un soberano, que en su calidad de rey no puede inspirar recelo alguno en razón á la pequenez de su territorio, pero que inspirará confianza por la influencia moral y religiosa que personifica.

Quiera Dios escuchar mis ruegos, y quiera oír también los que le hago por V. M., con quien deseo vivir unido con los vínculos de la caridad.—Pío P. P. IX.

En el Vaticano, á 22 de julio de 1870.

P. D. En los mismos términos escribo al emperador de los franceses.»

RESPUESTA DEL REY DE PRUSIA.

«BERLIN 30 de julio de 1870.—Muy augusto pontífice: No me he sorprendido, sino que me he conmovido profundamente al leer las tiernas palabras trazadas por vuestra mano para hacer oír la voz del Dios de paz. ¿Cómo podría mi corazón mostrarse sordo á tan poderoso llamamiento? Dios es testigo de que ni yo ni mi pueblo hemos deseado ni provocado la guerra. Obedeciendo al deber sagrado que Dios impone á los soberanos y á las naciones, tomamos la espada para defender la independencia y el honor de la patria; y dispuestos estamos á dejarla en el momento en que estos bienes estén asegurados. Si vuestra santidad puede ofrecerme, de parte de quien tan inopinadamente ha declarado la guerra, la seguridad de disposiciones sinceramente pacíficas y garantías de que no serán, como ahora lo han sido, turbadas la paz y tranquilidad de Europa, no seré yo quien rehuse aceptarlas de las manos venerables de vuestra santidad, unido como estoy con vos con los vínculos de la caridad cristiana y de una sincera amistad.—GUILLERMO.»

Aun no se conoce la respuesta de Napoleón á la carta del sumo pontífice.

La *Nazione* del 17 de agosto dice que tiene el texto de una carta del rey de Prusia al santo padre. No podemos afirmar ni negar la autenticidad de este documento. Hé aquí un resumen de él que publica la *Nazione*, asegurando que lo ha recibido por conducto respetable.

«El rey de Prusia, como jefe de la Confederación del Norte, nada tendría que oponer á que una de las naciones católicas de la Confederación diese guarnición al papa, si la pedía después de la guerra en vez de la guarnición francesa; ni á que durante la guerra, una potencia católica no comprendida en la Confederación (como por ejemplo Austria) prestase auxilio al papa: y esto porque Prusia reconoce en el mismo pontífice la cualidad y todos los derechos de soberano independiente.»

Su santidad ha encargado al cardenal Antonelli que escriba al cardenal Bonaparte, que no cesa de dirigir al Ser Supremo las mas fervientes oraciones por la Francia y por la familia imperial, y que con ocasión de la fiesta de agosto pedia con la mas viva solicitud la protección divina sobre la Francia y sobre el emperador.

Escriben de Roma que allí se continúa viviendo bajo el temor de una invasión. Pero que en una visita que hizo al papa el embajador de Francia Banneville, el padre santo le hizo notar que la actitud de los italianos desmiente las declaraciones de Francia. El Sr. Banneville, que no está muy satisfecho de la situación, telegrafió acerca de este punto al gobierno de París y al Sr. Malaret á Florencia. El telegrama decía en sustancia:

—¿Está Italia en la frontera para invadir los Estados Pontificios?

La contestación de París fué la siguiente:

—No, absolutamente no.
De Florencia piensa que envíen contestaciones como estas: que Italia ha querido por medio de esa ostentación de fuerza ocultar un plan contra la revolución, y ponerse al mismo tiempo, sin que lo adviertan los enemigos de Francia, en condiciones de reunir un ejército que vaya al socorro de los franceses.

Estas esplicaciones pueden ser un nuevo engaño. Estamos en el caso de no creer nada bueno. Cuando los italianos dan su palabra de honor, esta palabra provoca toda clase de epigramas.

Sea como quiera, las tropas pontificias han recibido el orden de replegarse hácia Roma, y de no aceptar combates, en los que serian balidos aisladamente por fuerzas cien veces superiores.

Las prisiones continúan en Roma, y parece evidente que los individuos que se han encontrado escondidos hubieran bastado para armar un motín... en nombre del pueblo romano.

LXXXVII CONGREGACION GENERAL DEL CONCILIO,

PRIMERA DESPUES DE LA DEFINICION DE LA INFALIBILIDAD.

Los padres del concilio se reunieron el 13 á las ocho y media de la mañana en el Vaticano, para celebrar congregación general. Después de la misa que dijo el reverendo señor arzobispo de Lepanto, los padres procedieron á la elección de sustitutos de los obispos ausentes que pertenecian á la comisión de disciplina.

Los padres presentes eran 132, y resultaron elegidos los siguientes reverendísimos señores Yekelfalussy obispo de Albareale (Hungría), Payá y Rico obispo de Cuenca, Monzon y Martin arzobispo de Granada, Quinn obispo de Brisbane, Targioni obispo de Volterra, Blanchet arzobispo de Oregon-City (Estados-Unidos), Trucchi obispo de Forli, Franchi arzobispo de Tesalónica, Baillés obispo de Luzon, Moretti obispo de Imola.

Los miembros del concilio han recibido, hace unos quince días, un *schema* muy largo que trata de las misiones apostólicas *De missionibus apostolicis*.

El *Monitum* que le acompañaba avisaba á los padres que podían hasta el 20 de agosto presentar sus observaciones. Cierta número de ellos han presentado á los cardenales presidentes las reflexiones que les ha sugerido el estudio de las importantes cuestiones que se les ha sometido á su examen.

Créese que el concilio celebrará una nueva congregación el día 23 ó 25 del corriente.

El papa ha recibido de un gran número de obispos, que estaban ausentes de Roma por causa de su salud y en virtud de licencias regulares en el momento de votarse la constitución de primacía ó infalibilidad, su adhesión plena y completa á la decisión tomada por el concilio. *El Diario de Roma* ha publicado estos últimos días la carta del cardenal Mattei decano del santo colegio de cardenales.

Las adhesiones de los obispos que componen la minoría van aumentando considerablemente de día en día.

El Diario de Roma publica la siguiente nota al frente de su número del 22:

«A lo que ya hemos dicho de las manifestaciones que los reverendos obispos, ausentes ó que no asistieron á la cuarta sesión del concilio ecuménico del Vaticano, han hecho relativamente á la constitución dogmática sancionada y promulgada en ella, creemos oportuno añadir que, ya por declaraciones verbales cuando todavía estaban en Roma, ya por mensajes luego que han vuelto á sus diócesis, gran número de ellos han manifestado á su santidad su completa sumisión de espíritu y de corazón á la definición conciliar (la infalibilidad). Ya hemos publicado la carta del cardenal Mattei decano del sacro colegio. A su nombre podemos añadir los de sus eminencias los cardenales Schwarzenberg, Mathieu, Rauscher, Hohenlohe; del arzobispo de Siraco

del rito latino, y de los obispos de Valencia (de Francia), Cahors, Luzon, Chalons y San Agustín de la Florida (el R. S. Verot antiguo obispo de Savannah, Estados- Unidos.)

Su santidad además ha recibido mensajes análogos de otros obispos que por causas legítimas, ó habían permanecido en sus diócesis, ó se habían visto obligados á volver á ellas antes de la sesión del 18 de julio, y que por consiguiente no pudieron votar dicha constitución dogmática. Entre ellos citaremos á los arzobispos de Aix, Salerno, Argel; los de Ancira, Cesarea *in partibus* del rito armenio, y los obispos de Verdun, Pamiers, Saint-Flour, Vincennes, Angola, Trapani, Catanzaro, Cefalu, Pozzuoli, Cava y Sarno, Sant-Angelo de los Lombardos, y los obispos *in partibus* de Palimonia, Almina y Columbica.

Añadamos que el padre santo tiene un gran consuelo en ver que en diversos países los obispos cuidan de anunciar la verdad definida, por medio de cartas pastorales, homilias ú otros medios de publicidad, como han hecho entre otros el arzobispo de Colonia, el obispo de Maguncia y el de Linz. Su palabra produce los mejores efectos en los fieles, que cumpliendo con su deber someten dócilmente su espíritu á la enseñanza de la fé. El cumplimiento de este deber alegra tanto mas el corazón del santo padre, cuanto que lo ve mas solemnemente cumplido por los mensajes llenos de amor que llegan diariamente al trono pontificio.»

El mismo periódico publica una disposición de la autoridad eclesiástica, ordenando en nombre del papa oraciones públicas por la paz durante tres dias en ocho iglesias de Roma.

Roma goza de una completa tranquilidad. El papa ha tenido que ir el dia de la Asunción de la Virgen á la basílica de Santa Maria la Mayor, en donde ha dado desde el púlpito la bendición solemne al pueblo y al grandísimo número de forasteros que se encuentran en la ciudad eterna.

Con este motivo ha tenido que abrirse al público la capilla de la *Criche*, espléndidamente restaurada por el soberano pontífice, quien ha invertido en esta obra mas de 200 mil francos.

Esta capilla, digna competidora de la maravillosa capilla de los Borgia colocada frente á frente, cambiará de nombre. De hoy en adelante se llamará la *Capilla Pia*, en vez de *Sialina* que es como se llama hoy. La familia de los duques Cesarini ha cedido todos los derechos que sobre ella tenia al papa; en ella se encuentran las tumbas de S. Pio V y de Sixto V.

Hablando el *Monde* de los hombres que están hoy al frente del poder en Francia dice, entre otras cosas, lo siguiente:

«El ministro de negocios extranjeros La Tour d'Auvergne lleva un nombre igualmente caro á la Iglesia que á la patria. No puede olvidar ni la fe de los santos preladados de su casa, ni «al primer granadero de Francia muerto en el campo del honor.» Roma que debe á su iniciativa la libertad del concilio, y Francia inundada de nuevo con la sangre de los suyos, encontrarán siempre en él un leal defensor.

El general Trochu ha hecho suya la antigua enseña de la católica provincia donde vió la luz:

¡Con la ayuda de Dios, por la patria!

El mariscal Mac-Mahon es digno de su nombre y de su rango, digno de Francia y de Irlanda, y su fe está á la altura de su valor.

En cuanto al mariscal Bazaine, si ha dicho la frase que el *Univers* del 19 le atribuye: «Toda verdad está en la Iglesia católica,» es para Francia un signo infalible de victoria: *In hoc signo vinces.*»

El 17 pasaban por los boulevards de Paris, en dirección á la estación del ferrocarril del Este, unos ciento veinte ó ciento treinta sacerdotes que se habían alistado voluntariamente en calidad de enfermeros del ejército. Iban todos ellos con mochilas á la espalda, y marchando con la mayor circunspección y en el mas religioso silencio. Esta escena conmovió vivamente á los habitantes de Paris, hasta el extremo de que no pocos de los espectadores derramaron lágrimas de enternecimiento.

ASOCIACION DE CATÓLICOS EN MANACOR.

Cartas de Manacor refieren la deseada inauguración de la sociedad de Católicos en aquella populosa villa en la tarde del domingo 28 del pasado. Cerca de novecientos socios lleva inscritos, y pocos fueron los que no asistieron puntualmente á la apertura, leyéndose en sus semblantes el grato sentimiento que les animaba. El salón, á pesar de su extraordinaria capacidad, apenas era susceptible de mayor concurrencia. Empezó la sesión á las 4, y después de las preces del reglamento, el digno secretario de la junta D. Juan Amer explicó con claridad y acierto los motivos y objeto de dicha asociación y las muchas ventajas que podía reportar particularmente á los jóvenes y á la clase menesterosa; manifestó los propósitos de la junta de crear escuelas de varias enseñanzas y de formar secciones de agricultura, de beneficencia y hasta de recreo; inculcó el respeto á la religion y á la Iglesia que debe profesar todo socio y el celo que debe desplegar en su defensa moral. Una profunda atención acogió las sencillas al par que elocuentes frases del joven abogado, que revelaba por primera vez sus brillantes dotes oratorias.—Siguió en el uso de la palabra D. Jaime Mas profesor de instrucción primaria, demostrando lo que debía la humanidad al catolicismo, y tributando á la junta afectuosas gracias por la magnánima empresa que había acometido.—Finalmente el médico D. Miguel Amer hermano del secretario, comparando los adelantos materiales del siglo actual con los extravíos de muchos de sus hijos en la parte moral y con el retroceso en que precipitan la verdadera civilización, indicó que esta Sociedad estaba llamada á reparar los daños nacidos de este contraste y á poner de acuerdo y en armonía entrambas direcciones. Y comunicando á los oyentes el entusiasmo que les inspiraba, terminó con una sentida súplica á la Virgen Inmaculada bajo cuyos auspicios estaban congregados.

Dios bendiga y prospere una asociación, la cuarta de las que hay en esta isla, y que nace así tan virilmente adulta!

GUIA DE VIDA CRISTIANA EN EL MUNDO, sacada de los escritos de S. Alfonso M. de Liguorio, por el Dr. D. Joaquín Casanovas Pro.—Barcelona en 16.º 1870.—Recomendamos este provechoso devocionario que retiene la unción admirable de las páginas de donde emana, y que enseña á orar con las palabras de uno de los santos mas eminentes del último siglo. Se admiten pedidos en la librería de Guasp.

PALMA.—Imprenta de Guasp.